

Andrea Camilleri

EL CARRUSEL DE LAS CONFUSIONES

Traducción del italiano de
Carlos Mayor



narrativa
salamandra

Título original: *La giostra degli scambi*
Ilustración de la cubierta: Ava Peterson / Alamy Stock Photo
Copyright © Sellerio Editore, Palermo, 2015
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019
Ediciones Salamandra
www.salamandra.info

EL CARRUSEL DE
LAS CONFUSIONES

1

A las cinco y media de aquella mañana, minuto arriba, minuto abajo, una mosca que parecía muerta desde hacía tiempo en el cristal de la ventana abrió las alas de repente, se las limpió con esmero, restregándose las bien, echó a volar y al rato cambió de dirección y fue a posarse en la repisa de la mesita de noche.

Allí se quedó quieta unos instantes, evaluando la situación, para luego salir disparada hacia el interior de la fosa nasal izquierda de Montalbano, que dormía a pierna suelta.

En sueños, el comisario advirtió un molesto picor en la nariz y, para librarse de él, se dio un buen manotazo en la cara. Sin embargo, sumido como estaba en brazos de Morfeo, no calculó la fuerza utilizada y el porrazo que se arreó tuvo dos consecuencias inmediatas: por un lado lo despertó, y por otro le hizo sangrar la nariz.

Se levantó de la cama a toda prisa soltando una sarta de maldiciones mientras la sangre le manaba a chorro, y se precipitó hacia la cocina, abrió la nevera, agarró un par de cubitos de hielo que se colocó en el puente de la nariz y se sentó con la cabeza completamente echada hacia atrás.

Al cabo de cinco minutos se le cortó la hemorragia.

Entró en el baño, se lavó la cara, el cuello y el pecho, y volvió a acostarse.

Apenas acababa de cerrar los ojos cuando volvió a sentir el mismísimo picor de antes, aunque esta vez en la fosa nasal derecha. Por lo visto, la mosca había decidido cambiar de campo de exploración.

¿Qué podía hacer para librarse de esa dichosa murga?

A la vista de la experiencia reciente, recurrir a las manos no era lo más indicado.

Sacudió la cabeza con brío. La mosca no sólo no se marchó, sino que se metió aún más adentro.

Quizá si le daba un susto...

—¡Ahhhhh!

El grito que pegó casi lo dejó sordo, pero consiguió el resultado deseado: el picor desapareció.

Estaba adormilándose por fin cuando volvió a notarla, esta vez en la frente. Maldiciendo de nuevo, decidió poner en práctica una estrategia diferente.

Agarró la sábana con ambas manos y se la echó de golpe por encima de la cabeza hasta cubrirla por completo. Así la mosca no podría encontrar un solo centímetro de piel desnuda, aunque, al estar tan tapado, le faltara el aire.

Fue una victoria de brevísima duración.

No había pasado ni un minuto cuando notó claramente cómo aterrizaba en su labio inferior.

Era evidente que la muy cerda asquerosa había salido volando, pero se había quedado por debajo de la sábana.

Lo asaltó un desánimo repentino. Contra aquella maldita mosca no tenía nada que hacer.

«Un hombre fuerte sabe reconocer sus derrotas», se dijo mientras se levantaba resignado para dirigirse al baño.

Al volver al dormitorio para vestirse, cuando estaba a punto de recoger los pantalones de la silla, vio con el rabillo del ojo a la mosca posada encima de la mesita de noche.

La tenía a tiro y aprovechó la oportunidad.

A la velocidad del rayo, levantó la mano derecha y la bajó para aplastar al insecto, que se le quedó pegado a la palma.

Fue al baño y se lavó a conciencia, canturreando satisfecho por haberse desquitado.

No obstante, cuando entró en el dormitorio con los andares jactanciosos del vencedor, se quedó de una pieza.

Había otra mosca que se paseaba por la almohada.

Entonces ¡es que eran dos! ¿Y él a cuál había matado?

¿A la inocente o a la culpable? Si resultaba que se había cargado a la inocente, ¿alguien le reprocharía el error algún día y se lo haría pagar?

«Pero ¡qué gilipolleces se te pasan por la cabeza!», se dijo.

Y empezó a vestirse.

Después de beberse una buena taza de café, y ya bien emperifollado, abrió la cristalera y salió al porche.

El día se presentaba clavadito a una postal turística: playa dorada, mar azul oscuro, cielo azul claro sin la más mínima sombra de nubes. Se veía incluso una vela lejana.

El comisario respiró hondo y al llenarse los pulmones de aire salino se sintió renacer.

A la derecha, justo a la orilla del mar, observó a dos hombres que estaban discutiendo. La pelea debía de ser bastante acalorada, según dedujo de los movimientos agitados y nerviosos de los brazos y las manos, si bien no llegaba a distinguir lo que decían debido a la considerable distancia.

Entonces, de repente, uno de los dos hizo un gesto que Montalbano al principio no vio bien; fue como si hubiera adelantado la mano derecha, que resplandeció por el reflejo de la luz del sol.

Se trataba sin duda de la hoja de una navaja, y la reacción del otro fue inmovilizarlo con ambas manos mientras le propinaba un rodillazo en los cojones. A continuación, los dos cuerpos se enredaron, perdieron el equilibrio y se desplomaron, pero sin dejar de atizarse ferozmente, antes de empezar a rodar por la arena aferrados el uno al otro.

Sin pensárselo dos veces, el comisario bajó del porche y echó a correr hacia los dos hombres. A medida que se acercaba empezó a oír sus voces.

—¡Yo te mato, hijo de la gran puta!

—¡Y yo te hago picadillo!

Llegó casi sin aliento.

Uno de los dos se había colocado encima de su adversario, al que tenía inmovilizado con los brazos en cruz, sujetándoselos con las rodillas: prácticamente se le había sentado encima de la barriga y estaba partiéndole la cara a puñetazos.

Aunque Montalbano no sabía de qué iba aquello, lo derribó de un fuerte puntapié en el costado. El hombre, pillado por sorpresa, cayó de lado sobre la arena, gritando:

—¡Cuidado, tiene una navaja!

El comisario se dio la vuelta de golpe.

En efecto, el del suelo, que ya estaba levantándose, empuñaba una navaja con la mano derecha.

Había cometido un grave error, se había confundido: el más peligroso de los dos era el que estaba en la arena. Sin embargo, Montalbano no le dio tiempo a decir «esta boca es mía» y, de una patada en la cara, lo devolvió a la misma posición de antes, panza arriba. La navaja salió volando.

El otro, que mientras tanto se había levantado, aprovechó de inmediato la situación favorable para abalanzarse sobre su adversario y darle otra vez de puñetazos.

Todo había vuelto al punto de partida.

Entonces Montalbano se inclinó, agarró de los hombros al de los puñetazos y trató de echarlo atrás, pero, como el hombre no opuso resistencia, fue el comisario quien perdió el equilibrio y cayó de espaldas con el desconocido encima.

El de la navaja, por su parte, se lanzó sobre los dos a toda velocidad. El de los puñetazos daba coces tratando de acertar en los cojones de Montalbano, que a su vez le atizaba con el puño izquierdo, al tiempo que con el derecho golpeaba al que

estaba encima del todo, el cual, por su parte, con una mano intentaba dejar ciego al comisario sacándole los ojos, y con la otra pretendía hacerle lo mismo a su contrincante.

Enseguida formaron una especie de pelota de seis brazos y seis piernas que rodaba por la arena, una pelota vociferante entre un batiburrillo de juramentos, puñetazos, maldiciones, rodillazos y amenazas. Hasta que...

Hasta que una voz, muy cercana y decidida, los conminó:
—¡Alto o disparo!

Los tres se quedaron inmóviles y miraron a quien había hablado.

Era un cabo de los carabineros y los apuntaba con una metralleta. A su espalda había otro carabinero que sostenía la navaja. Estaba claro que debían de estar patrullando por el paseo marítimo y, al ver a tres hombres enzarzados en una pelea, habían decidido intervenir.

—¡Levantaos!

Los tres se pusieron en pie.

—¡Andando! —añadió el cabo, indicándoles con la cabeza que se dirigieran hacia un gran furgón detenido en el paseo, con un tercer carabinero al volante.

«¿Revelar que soy comisario o no revelarlo?», ésa era la hamletiana duda de Montalbano mientras se dirigía con los demás hacia el furgón.

Llegó a la conclusión de que lo mejor era presentarse cuanto antes y deshacer el equívoco.

—Un momento. Soy... —empezó a decir, pero se detuvo.

El grupo se quedó mirándolo.

Sin embargo, el comisario no pudo proseguir.

En ese preciso instante recordó que se había dejado la cartera con la documentación en el cajón de la mesita de noche.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos dices quién eres? —preguntó el cabo con ironía.

—Se lo diré a su teniente —contestó Montalbano, y echó a andar otra vez.

Por suerte, la parte trasera del furgón llevaba una cortinilla; si no, el pueblo entero habría visto pasar al comisario Montalbano detenido por los carabineros y se habrían echado unas buenas risas a su costa.

En el puesto de los carabineros los metieron, no puede decirse que con delicadeza, en una sala espaciosa, donde el cabo fue a sentarse detrás de uno de varios escritorios.

Se lo tomó con calma. Se recolocó la chaqueta, observó un bolígrafo durante un buen rato, leyó una hoja de un informe, abrió un cajón, miró dentro, lo cerró, se aclaró la voz y por fin se decidió:

—Vamos a empezar contigo —dijo, dirigiéndose a Montalbano—. Dame un documento identificativo.

El comisario se removió incómodo, entendía que se enfrentaba a una situación bastante violenta. Mejor cambiar de tema.

—Yo no tengo nada que ver con la riña —aseguró con voz firme—. He intervenido para separarlos. Y estos dos, a los que ni siquiera conozco, pueden confirmarlo.

Y se volvió para mirar a los dos adversarios, que estaban tres pasos más atrás, vigilados por un carabainero.

Entonces sucedió algo extraño.

—Yo lo único que sé es que me has atizado una patada en el costado que aún me duele —dijo el de los puñetazos.

—Y a mí otra en toda la cara —añadió el de la navaja.

En un santiamén, Montalbano comprendió la situación. Los muy hijos de puta lo habían reconocido perfectamente y se lo estaban pasando de fábula con aquel apuro suyo.

—Ya verás como te quito yo las ganas de hacerte el listo —intervino el cabo, amenazador—. Venga ese documento.

No había tutía, le tocaba decir la verdad.

—No lo llevo encima.

—¿Y eso?

—Me lo he dejado en casa.

El cabo se levantó.

—Resulta que vivo en una casita que...

El cabo se le colocó delante.

—... está justo en la playa. Esta mañana me...

El cabo lo agarró de las solapas de la americana.

—¡Soy comisario de policía! —exclamó Montalbano.

—¡Y yo, cardenal! —contestó el otro mientras empezaba a zarandearlo tan violentamente hacia delante y hacia atrás, y por un momento Montalbano temió que se le fuese a caer la cabeza como una pera madura.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el teniente al mando del puesto de los carabineros al entrar en la sala.

Antes de contestar, el cabo le dio otra violenta sacudida a Montalbano.

—He sorprendido a estos tres enzarzados en una pelea. Uno llevaba una navaja. Y este de aquí dice que es...

—¿Le ha dado el nombre y los datos?

—No.

—Suéltelo ahora mismo y llévelo a mi despacho.

El cabo miró extrañado a su superior.

—Pero...

—Cabo, le he dado una orden —lo cortó con frialdad el teniente antes de marcharse.

Montalbano le dio las gracias mentalmente. Había actuado del mejor modo para evitar el ridículo generalizado: el teniente y el comisario se conocían muy bien.

Mientras recorrían el pasillo, el cabo, atónito, le preguntó en voz baja:

—Dígame la verdad, ¿en serio es comisario de policía?

—¡Qué va, hombre! —lo tranquilizó Montalbano.

Al cabo de diez minutos, una vez aclarado todo y aceptadas las excusas del teniente, se encontró fuera del puesto de los carabineros.

Obligatoriamente, tenía que ir a casa a cambiarse; en el transcurso de la riña no sólo le había entrado arena hasta las partes más íntimas, sino que además había acabado con la camisa rasgada y le faltaban dos botones de la americana.

Lo más lógico era ir a pie hasta la comisaría, que quedaba a un cuarto de hora escaso, y que desde allí lo llevaran a Marinella.

Se puso en marcha.

Sin embargo, como le dolían el ojo izquierdo y la oreja derecha, se detuvo delante de un escaparate para mirarse.

Había recibido un buen puñetazo en el ojo y se le empezaba a poner azulada la piel que lo rodeaba; en la oreja, por su parte, se distinguía con claridad la marca de dos dientes.

Nada más verlo, Catarella pegó un alarido que no parecía humano, más bien recordaba el de una bestia herida. Y acto seguido le soltó un alud de preguntas:

—¿Qué le ha pasado, *dottori*? ¿Una digresión a mano armada? ¿Una digresión a mano normal? ¿Un *afrentamiento*? ¿Un atraco? ¿Qué ha sido? ¿Eh? ¿Una colisión *movilística*? ¿Una explosión? ¿Un incendio provocador?

—Tranquilo, Catarè —lo interrumpió el comisario—. Me he caído, nada más. ¿Hay novedades?

—No, *signor*. Ah, a primera hora ha pasado un individuo que quería hablar con usía personalmente en persona.

—¿Ha dicho cómo se llamaba?

—Sí, *signor*. Alfredo Pitruzzo.

No conocía a ningún Pitruzzo.

—¿Está Gallo?

—Sí, *signor*.

—Dile que me lleve a Marinella. Lo espero en el aparcamiento.

Se fijó en que en la explanada de delante de su casa había otro coche además del suyo. Se despidió de Gallo, abrió la puerta y entró. Al oír el ruido, Adelina salió de la cocina, lo miró y se puso también a dar alaridos.

—Virgen santa, ¿qué le ha pasado? ¿Qué le ha sucedido? ¿Santa María santísima, menuda mañanita! ¡Menuda mañanita infausta!

Montalbano empezó a sospechar algo. ¿Por qué decía esas cosas la asistenta? ¿Por qué calificaba de «infausta» la mañana? ¿Qué más podía haber sucedido?

—Explícate, Adeli.

—*Dottori* querido, cuando he llegado, temprano, me he *incontrado* la casa vacía, abandonada, usía no estaba y la cristalera se había quedado abierta. Cualquiera delincuente que pasara por aquí podía colarse y robar lo que le viniera en gana. Me he metido en la cocina y he oído que entraba alguien por el porche. He pensado que sería usía y me he *asumado*. No era usía, sino un *signor* que lo miraba todo. Me ha parecido clarísimo que era un ladrón, así que he cogido una sartén bien gorda y he vuelto a *asumarme*. Como en ese momento me daba la espalda, le he arreado un buen sartenazo en toda la cocorota. Y se ha caído al suelo desmayado. Entonces lo he atado de pies y manos con una cuerda, lo he amordazado y lo he metido en el trastero.

—Pero ¿estás segura de que se trataba de un ladrón?

—¡Y yo qué sé! Cuando alguien se mete así en casa ajena...

—Perdona, pero, después de dejarlo inconsciente, ¿por qué no has llamado a la comisaría?

—Porque antes tenía que echarle un ojo a la pasta *'ncasciata*.

Rumiando esa respuesta, Montalbano fue a abrir la puerta del trastero. El hombre estaba sentado en el suelo y lo miraba asustadísimo.

Nada más verlo, al comisario le quedó claro que no podía ser un ladrón. Era un señor de unos sesenta años, bien vestido y con buen aspecto. Lo ayudó a levantarse, le quitó la mordaza y al instante el hombre gritó:

—¡Socorro!

—¡Soy el comisario Montalbano!

No pareció que el otro lo entendiera.

—¡Socorro! —gritó aún más alto.

Se había puesto a temblar como una hoja.

—¡Socooooorro! ¡Socooooorro!

No sabía lo que se decía y no había forma de conseguir que se callara. Montalbano tomó una decisión rápida y volvió a amordazarlo.

Mientras, Adelina, alarmada por aquellos chillidos, había salido corriendo de la cocina y se había quedado al lado del comisario.

El hombre tenía los ojos tan abiertos a causa del miedo que parecía que se le fueran a salir de las órbitas de un momento a otro. Estaba demasiado aterrorizado para razonar; desatarlo en ese estado habría sido un error.

—Ayúdame —le pidió Montalbano a la asistenta—. Yo lo cojo de las axilas, y tú, de los pies.

—¿Adónde lo llevamos?

—Vamos a ponerlo en el sillón de delante de la tele.

Mientras lo transportaban como un saco, el comisario fraguó una versión de los hechos que contentara a tirios y troyanos. En cuanto el hombre estuvo sentado, le dijo:

—Si pido que le traigan un vaso de agua, ¿me promete que no pedirá socorro?

El otro bajó la cabeza varias veces en señal de asentimiento. Mientras él le quitaba la mordaza, Adelina regresó con el vaso de agua y se lo dio a beber poco a poco. El comisario no volvió a amordazarlo.

Pasados unos minutos, pareció que el individuo se había calmado; ya no sufría aquellos temblores. Montalbano acercó una silla y se sentó delante de él.

—Si no se ve con fuerzas para hablar, contésteme con gestos. ¿Me reconoce? Soy el comisario Montalbano.

El hombre dijo que sí con la cabeza.

—En ese caso, ¿cómo puede creer que yo, que ni siquiera sé quién es usted, quiera hacerle daño? ¿Con qué fin?

El otro lo miró receloso.

2

Entonces, el comisario se puso a hablar con el tono de voz más convincente del que era capaz:

—Creo que se ha producido una desgraciada coincidencia. Esta mañana, debido a una serie de circunstancias imprevistas, he tenido que dirigirme al puesto de los carabineros y no me ha dado tiempo siquiera de cerrar la puerta del porche. Por lo visto, al percatarse de que no había nadie en casa, alguien ha entrado a robar. Y ha querido la mala suerte que poco después entrase también usted. Entonces, el ladrón, llamémoslo así, aunque no haya tenido oportunidad de llevarse nada, lo ha golpeado, atado, amordazado y encerrado en el trastero. Claro que al cabo de unos minutos ha llegado Adelina, mi asistenta, y el ladrón se ha visto obligado a huir con las manos vacías. Estoy más que convencido de que todo ha sucedido así. ¿Me cree?

—Sí, le creo —respondió el pobre hombre con un hilo de voz.

Montalbano se agachó para deshacer el nudo de la atadura de los tobillos y luego repitió la operación con la de las manos.

Con cierto esfuerzo, el hombre se levantó, si bien le costó recuperar el equilibrio.

—¿Me permite? —dijo—. Me llamo...

Y de pronto volvió a caerse en el sillón, tembloroso y amarillo como un muerto.

—¿Se encuentra mal?

—Me da vueltas la cabeza y tengo un fuerte dolor aquí, donde me han golpeado.

Y se llevó la mano a la zona occipital. La asistenta corrió a la cocina y volvió con unos cuantos cubitos de hielo envueltos en un trapo que aplicó en la zona dolorida. El hombre se quejó en voz baja.

Montalbano se preocupó mucho. Quizá el sartenazo de Adelina, que era una mujer robusta y fuerte, le había provocado algún daño interno.

—Quédese sentado, no se mueva.

Fue hasta el teléfono y llamó a la comisaría.

—Catarè, ¿está Gallo?

—*In situ* se encuentra, *dottori*.

—Dile que vuelva aquí, a Marinella, a toda prisa.

Colgó y regresó junto al hombre.

—Voy a hacer que lo lleven a urgencias.

—Quería decirle...

—No hable, no haga esfuerzos.

—Pero es importante que le...

—Lo que quería decirme podrá contármelo esta tarde en comisaría, ¿le parece?

Al cabo de cinco minutos llamaron a la puerta.

Gallo, al que le gustaba correr como si cualquier camino rural fuese la pista de Indianápolis, había llegado a la velocidad del rayo, animado esa vez por la autorización del comisario.

Mientras disfrutaba de una anhelada ducha, Montalbano llegó a la conclusión de que había sido una mañana de confusiones.

Él había confundido al hombre más peligroso, ya que iba armado con una navaja, con el más débil; los carabinieri lo

habían confundido a él con un pendenciero, y Adelina había confundido a un caballero con un ladrón.

Y, como no había tres sin cuatro, según una regla reinventada sobre la marcha, tuvo la certeza absoluta de que aquella madrugada había matado por error a una mosca inocente, a la que había tomado por otra culpable.

Antes de salir de casa se miró al espejo, como de costumbre. Tenía un ojo a la funerala, digno de un payaso de circo, y una oreja hinchada.

Daba igual, tampoco iba a participar en un concurso de belleza.

—¿Ha vuelto Gallo? —fue lo primero que preguntó a Catarella al entrar en la comisaría.

—Sí, *signor dottori*, ahora mismísimo. ¿Cómo se encuentra?

—De fábula.

—¿Me aclara una curiosidad, *dottori*?

—Habla.

—Dado que usía tiene un ojo morado, ¿de qué color ve las cosas? ¿Todas moradas?

—Has dado en el clavo. Dile a Gallo que venga a mi despacho.

El agente se presentó de inmediato.

—¿Qué tal ha ido en urgencias?

—Bien, *dottore*. Sólo le han encontrado una fuerte contusión, le han dado algo para el dolor y lo he llevado a su casa. Me ha pedido que le dijera que a las cuatro vendrá a comisaría.

Acababa de irse Gallo cuando apareció Mimì Augello.

Observó al comisario y sonrió, pero luego puso cara seria, se santiguó, juntó las manos en gesto de plegaria, dobló la rodilla izquierda haciendo ademán de arrodillarse y alzó la mirada hacia el cielo.

—¿A qué viene ese teatro?

—Estaba dedicándole una plegaria de agradecimiento al que te ha puesto el ojo morado.

—No seas mamón y siéntate.

En ese momento entró Fazio sin llamar. Tenía cara de pocos amigos y estaba bastante alterado.

—*Dottore*, perdone si me permito la pregunta, pero ¿los que le han hecho eso han sido los carabinieri?

Montalbano se quedó anonadado.

¿Cómo podía haber corrido la voz por el pueblo? Iba a desencadenarse un diluvio de chismorreos y carcajadas. Si la cosa llegaba a oídos del jefe superior...

—¡No me lo puedo creer! ¿Te han detenido y te han pegado los carabinieri? —preguntó Augello, belicoso, poniéndose en pie y hablando para tan magna ocasión en un italiano perfecto, en vez de en el siciliano habitual.

—Tranquilidad y buenos alimentos, muchachos —replicó el comisario—. No metáis la directa, que no se trata de declararles la guerra a los carabinieri. Ahora os lo explico todo.

Y les contó con gran lujo de detalles lo que había sucedido.

—Oye, ¿y tú cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho, en absoluta confianza, el comandante Verruso, al que conozco.

Montalbano soltó un gran suspiro de alivio. La historia no se divulgaría.

—¿Alguna novedad?

—Por mi parte, sólo el robo de un coche del que el propietario no se ha enterado hasta ahora, a su regreso de un viaje —dijo Augello.

—Yo, en cambio, tengo una historia curiosa que contar —intervino Fazio.

—Adelante.

—Ayer, a última hora de la tarde, cuando ustedes ya se habían marchado, se presentó aquí un señor, un tal Agostino

Smerca, para denunciar algo que le había sucedido a su hija Manuela.

—¿El qué? —preguntó Augello, impaciente.

—De la tal Manuela, que tiene unos treinta años y es bastante atractiva, Smerca me enseñó una fotografía. Vive con su padre, que es viudo, en una casa que queda a desmano. Trabaja de cajera en el Banco Siculo y sale a las seis y media. No le gusta conducir y prefiere ir en el autobús de la circunvalación y luego andar diez minutos hasta su casa. Hace una semana o, para ser exactos, cinco días, al bajar del autobús e ir hacia su casa por la calle habitual, que suele estar muy solitaria, vio un coche parado con el capó abierto y a un hombre mirando el motor. Acababa de pasar por delante cuando notó, con un susto tremendo, el cañón de una pistola clavado con fuerza en la espalda y oyó una voz de hombre que decía: «No grites o te mato.» Luego le apretó contra la nariz y la boca un trapo empapado en cloroformo y la pobre chica perdió el conocimiento.

—¿Y por qué ese tal Smerca no se decidió a denunciar los hechos hasta ayer por la tarde? —preguntó Augello.

—Porque su hija no quería. No le apetecía acabar en boca de todo el pueblo.

—¿La violó?

—No.

—¿Le robó?

—No.

—¿Le pegó?

—No.

—¿Y qué le hizo?

—Ése es el quid de la cuestión. No le hizo nada de nada. Absolutamente nada. La chica se despertó al cabo de hora y media en mitad del campo. Tenía el bolso al lado. Lo abrió y no faltaba nada. Entonces se orientó, vio dónde estaba y llamó un taxi con el móvil. Y punto pelota.

—Quizá se confundió de persona —dijo Augello.

Al oír hablar de confusiones, Montalbano, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se sobresaltó. Ah, no, aquel día ya se había cubierto el cupo de confusiones. Iba a decir algo, pero cambió de idea y no abrió la boca.

—También pueden plantearse otras hipótesis —continuó el subcomisario—. ¿Smerca a qué se dedica?

—Es comerciante. De tejidos al por mayor.

—Bueno, pues podría ser que se hubiera negado a pagar el *pizzo* a la mafia. Y que hubieran querido darle un aviso.

—Mimì, si hubiera sido cosa de la mafia, está claro que Smerca no habría venido a denunciarlo. Se las habría apañado él solito —intervino por fin Montalbano.

—Pues es verdad —reconoció Augello—. ¿Y si la chica se ha inventado la historia?

—¿Para qué?

—Quizá para justificar el retraso delante de su padre...

—Sí, como que hoy en día una chica de treinta años...

—Entonces, ¿a ti qué te parece?

—De momento no me parece nada. Aunque me huele a chamusquina: hay algo que no encaja. Me gustaría hablar con esa chica, pero a solas, sin el padre de por medio.

—Si quiere, la llamo para que venga después de comer. ¿A qué hora le iría bien? —dijo Fazio.

—A las cuatro tengo una visita. Pero será visto y no visto. A las cinco me va bien.

Nada más entrar en la *trattoria*, se percató de que Enzo, el propietario, no tenía el gesto risueño de siempre. Estaba bastante enfurruñado. Como lo consideraba un amigo, le preguntó:

—¿Te pasa algo?

—Sí, señor.

—¿Quieres hablar?

—Si usía, después de comer, tiene el detalle de dedicarme un cuarto de hora, se lo cuento todo.

—Vamos a hablarlo ahora.

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque para el comer, como para el follar, no hay que pensar.

Ante la sabiduría tradicional, no le quedaba otra que rendirse.

Se dio un buen homenaje que dedicó a la cara del cabo de los carabineros que lo había detenido.

Cuando acabó, Enzo se lo llevó a un cuartito sin ventanas contiguo a la cocina y cerró la puerta. Se sentaron en dos sillas de paja medio desfondadas.

—La historia que voy a contarle sucedió hace seis días, por la noche, pero mi hermano Giovanni no me puso al tanto hasta ayer después de comer. Giovanni tiene una hija de treinta años, Michela, una chica como Dios manda, que trabaja en la Banca di Credito.

Montalbano tuvo una intuición repentina.

—¿Por casualidad no la habrán raptado y luego soltado sin haberle hecho nada?

Enzo lo miró atónito.

—Sí, señor. Pero ¿cómo se le ha...?

—Al día siguiente sucedió un episodio parecido. Me gustaría hablar con tu sobrina.

—Está aquí. La he llamado después de que usía me dijera que podía dedicarme un ratito.

—Ve a buscarla.

Enzo salió y volvió con una muchacha bien parecida, morena y de aire serio. Hizo las presentaciones.

—Si no te molesta, me gustaría hablar con ella a solas.

—No me molesta —contestó Enzo, y se marchó cerrando la puerta.

Era evidente que la chica estaba cohibida, intimidada.

Montalbano le dedicó una gran sonrisa para tranquilizarla. Michela le devolvió una sonrisa forzada.

—Ha sido una aventura muy fea, ¿verdad?

—¡Pues claro! —exclamó la joven.

Y al recordarla tuvo un escalofrío.

—¿Se ve con ánimo de contarme lo que sucedió?

—Mire, mi novio y yo vivimos en un edificio nuevo en la via Ravanusella. ¿Se sitúa?

—Sí, está en las afueras, yendo hacia Montelusa.

—Exacto. Volvía a casa en coche, sola. Había ido al cine con una amiga, mi novio no había querido acompañarnos. Eran poco más de las doce. Por el último tramo de la calle no pasa casi nadie. A la luz de los faros vi un coche parado con el capó abierto. Un hombre, que estaba trasteando con el motor, me hizo un gesto para que me parase. Y me paré, instintivamente. Se me acercó y me apuntó con una pistola por la ventanilla. Me ordenó que bajara. En cuanto salí del coche me mandó darme la vuelta y, de repente, con fuerza, me puso en la cara un trapo con cloroformo. Me desperté dos horas después a la salida de Montelusa. Llamé a mi novio, que fue corriendo a buscarme, hacía un buen rato que me buscaba desesperado. Había encontrado el coche abierto y vacío. No sufrí ninguna violencia, nada, no tengo ni siquiera un moratón ni un arañazo, no me robó nada.

—Según me ha parecido entender por lo que me ha dicho, pudo ver a ese hombre cara a cara.

—Sí, pero no podría describirlo.

—¿Por qué?

—Porque llevaba una gorra calada hasta los ojos, gafas de sol y un pañuelo que le tapaba la boca y la barbilla.

—Piénselo bien antes de contestar: ¿usted cree que era joven o mayor?

—Pero si acabo de decirle que...

—Perdone, pero esas cosas una mujer las capta de forma instintiva. Si vuelve mentalmente a ese momento...

La muchacha arrugó la frente, absorta en el recuerdo.

—Era un hombre mayor —dijo por fin, con seguridad—. Su paso, al acercarse hacia mí, no era el de un joven.

—Estupendo. Cuando la sujetó para aplicarle el cloroformo, ¿notó si olía a algo en particular? A una colonia, un *after shave*...

En esa ocasión, la respuesta de la joven fue rápida:

—Noté una vaharada a sudor ácido. Debía de estar sudando como un cerdo. Y la verdad es que hacía frío, aunque estemos en septiembre.

—Vamos con otra cosa. Ha sido usted víctima de un secuestro exprés insólito. Y sin duda le habrá dado muchas vueltas. ¿Ha llegado a alguna conclusión sobre la identidad o la motivación del agresor?

—¿Usted qué cree? ¡Claro que le he dado vueltas! Pero no he conseguido encontrarle ninguna explicación.

—¿Una venganza de algún ex novio?

—¿Y qué venganza sería ésa? No me hizo nada. Para vengarse, me habría violado o me habría hecho daño.

No le faltaba razón.

—¿Cuáles son sus ocupaciones en la Banca di Credito?

—Apenas hace tres meses que me contrataron. De momento soy la secretaria del director.

—¿Antes dónde trabajaba?

—En una notaría.

—No tengo más preguntas —dijo Montalbano, levantándose.

Se dieron la mano. La joven salió y al momento entró Enzo.

—¿Qué le parece, *dottore*?

—No creo que se trate de nada personal contra tu sobrina ni su padre. Hay un desequilibrado que va por ahí secuestrando a jovencitas sin tocarles un pelo. Lo cogemos —le aseguró.

Pero en realidad no estaba tan seguro.

• • •

Como se había entretenido con Enzo, decidió no dar el habitual paseíto por el muelle y volver ya a la comisaría.

—Ah, *dottori*, ahora mismísimo acaba de *tilifoniar* el *siñor* Pitruzzo, el mismo Pitruzzo que lo buscaba esta mañana personalmente en persona, el *sudodicho* Pitruzzo que le da las gracias por haberlo mandado al hospital, que dice así: que por no *encuntrarse* bien de la cabeza no puede venir, pero que pasará mañana a las diez. Pitruzzo, se *intiende*.

Así pues, el tal Pitruzzo era la víctima del sartenazo de Adelina.

—Muy bien. Mándame al *dottor* Augello y a Fazio.

Se dirigió a su despacho y, cuando entraron los dos, soltó la noticia del secuestro fugaz y sin consecuencias de otra joven.

—Los dos episodios tienen un único punto en común —concluyó.

—Las dos chicas trabajan en un banco —respondieron casi al unísono Augello y Fazio.

—Exacto. Pero no creo que se trate de alguien a quien un banco haya negado un crédito.

—¿Por qué estás tan seguro? —dijo Augello.

—¿Qué coño les importan a los bancos una cajera y una secretaria? Cuando alguien quiere vengarse, pone un par de bombas y santas Pascuas.

Se hizo el silencio.

—¿A qué hora viene Manuela Smerca? —preguntó entonces Montalbano.

—A las cinco —contestó Fazio.

—Pues nos vemos aquí dentro de una hora. Quiero que estéis presentes.

Manuela no estaba en absoluto impresionada por encontrarse en un despacho de una comisaría delante de Montalbano y sus dos colaboradores.

Era guapa y lo sabía, y además tenía claro que siempre podría defenderse con su belleza.

De hecho, al sentarse hizo alarde de unas piernas largas y perfectas, de modo que los tres hombres presentes no pudieron evitar mirárselas embelesados.

Con un quejido y un suspiro silenciosos, el comisario fue el encargado de romper el hechizo.

—Su padre ya nos ha contado resumidamente su breve rapto, pero ahora lamento decirle que tengo que obligarla a recordar esos desagradables momentos: quiero plantearle algunas preguntas más detalladas. ¿Le parece bien?

—Pregunte, pregunte.

—¿A qué hora se produjo la agresión?

—El autobús tarda veinte minutos en llegar a mi barrio. Digamos que todavía no eran las siete.

—Así pues, aún era de día. El agresor se arriesgó mucho.

—Se arriesgó, sí, pero no mucho. Es una calle recta, se ve desde lejos si se acerca un coche o un peatón. Y no es muy habitual que pasen, ni los coches ni los peatones.

—¿Vio el número de la matrícula?

—Ni siquiera la miré.

—¿Qué clase de coche era?

—No sabría decirle.

—¿El color?

—Era un color oscuro.

En efecto, ¿por qué tendría que haber prestado una atención especial a un coche detenido en una calle?

—Según lo que nos ha contado su padre, no tuvo forma de verle la cara al agresor, ¿verdad?

—Sí, es cierto.

—Para ponerle el trapo con cloroformo en la cara, debió de agarrarla con fuerza...

—Sí, me apretó mucho, pegando su cuerpo al mío.

—¿Se fijó en si despedía algún olor particular? Me explico mejor...

—No hace falta. Lo he entendido muy bien. Olía mal, creo que estaba sudando mucho.

—Mientras la aferraba, ¿notó si estaba excitado sexualmente?

La pregunta hizo aparecer una sonrisa de oreja a oreja en la cara de Manuela.

—No, en absoluto. Más bien lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que tenía miedo.

—¿De qué?

—De lo que estaba haciendo.

—O sea, que le daba miedo que lo descubrieran.

—Eso también. Pero tuve la sensación, no sabría decirle por qué, de que estaba asustado de su propio acto.

¿Un secuestrador al que le daba miedo secuestrar? ¡Eso sí que era una novedad!